
OVULOS

César Eugenio Zurita Campos / Escuela Nacional de Arquitectura

Treinta semanas se cumplen hoy desde que llegué aquí con veinticuatro compañeras más, treinta semanas largas, largas, viendo salir el sol cada día allá afuera y caminando a la puesta, hacia los encierros metálicos, estrechos y malolientes con piso de serrín podrido. En mi mente no logra aparecer el momento en que tomé este camino, que es el destino de todas nosotras, las de nuestra raza.

Camino acá, vi a través de alambrados, grandes campos, donde había muchos seres como nosotros, retozando y recogiendo los frutos de la misma tierra, sintiendo el sol en sus cuerpos y lanzándose al viento en pequeñas correrías . . . mas todo pasó fugazmente, el polvo borró aquella imagen feliz, de seres felices, iguales que nosotras, pero tan diferentes, por razones que todavía no alcanzo a comprender. Todas nosotras, tan parecidas, tan semejantes, tan frías, como resignadas a este ineludible destino . . . todas engendradas por seres desconocidos, por óvulos sin nombre, incubados en las tan modernas máquinas, que ahora producen seres por millones desdeñando el amor . . . borrándolo por completo . . .

Recuerdo cuando aún joven, nos separaron de ellos, llevándoselos a otras celdas, lejos de nosotras. Nuestra alimentación, al principio de frutas silvestres, de manjares de la naturaleza, fue cambiada por aquel alimento sintético, que nos haría producir óvulos, que nos convertiría en máquinas ovuladoras para mecanizar la producción de seres.

En realidad, me pregunto, qué nos ha pasado a nosotras las de nuestra raza, sojuzgadas por esos seres enormes, vigilantes, puntuales con ese horrible alimento, calculadores. Si fuimos libres no lo sé, por lo que he oído decir, siempre hemos vivido así, nuestros antecesores y los antecesores de ellos.

Nunca he temido tanto como cuando lo traen a "él", ése terrible ser viejo

y quejumbroso, gallardo como un pavo real, que es traído para saciar nuestros ya muertos instintos sexuales, nos posee brutalmente en forma injuriosa y quedamos destrozadas, humilladas. Ultimamente le he visto alicaído, a veces como que pierde el sentido del equilibrio y va a caer, mas sagazmente logra ponerse de pie y se apoya en esas inmensas garrafas de agua, que son nuestro único alimento líquido, yo creo que pronto morirá y vendrá uno más joven . . . entonces todas gritaremos orgullosas al depositar el óvulo, como queriendo en aquellos gritos, lanzar al viento la terrible conformidad que hemos adoptado para esta vida. Hay además un ser extraño, negro, con cuatro pies, por la noche ronda las celdas, y con saña ha matado a algunas de nosotras que han intentado huir, sus enormes fauces destrozan nuestros frágiles cuellos, tal como los tigres a otros animales indefensos.

Quizá cuando venga otro "él", más joven, quizá ya haya muerto, empiezo a ser considerada vieja y mi producción ha bajado; las galeras largas, largas, me parecen cada vez más desconocidas; las láminas herrumbrosas, las vigas sucias, los excrementos revueltos con el serrín y con el alimento, me invitan a morir pronto, quizá así me salve de ir a la sala de disección cuando ya no sirva para esto, mas ahora, que he sabido que nuestra carne es apreciada por esos seres enormes que comen a nuestros hijos antes de nacer . . . quizá así, logre descansar de esta larga existencia, siempre entre rejas, sentada, casi tullida, mirando un metro cuadrado de alambrado cada día, y a los machos retozar afuera esperando el momento en que mueran exhaustos o en la sala de disección, donde finalmente nos encontraremos después de tanto tiempo de separación.